

LA FILOSOFÍA COMO LITERATURA Y LA LITERATURA COMO FILOSOFÍA EN LENGUA ESPAÑOLA⁵⁸

Iliá Galán

Profesor investigador, Universidad Carlos III, Madrid

ilia.galan@uc3m.es

iliagalan@hotmail.com

Resumen

Desde que todo puede ser entendido como arte y las ciencias humanas perdieron la esperanza de ser realmente científicas, la filosofía y la literatura se muestran como géneros del mismo escribir, sin fronteras claras. La tradición filosófica justifica esto plenamente y un análisis de la historia y las pretensiones racionalistas demuestra cómo la literatura es filosofía y la filosofía es literatura. Esto es especialmente reseñable en el caso de la literatura en lengua española, porque la filosofía en este idioma se ha manifestado sobre todo en sus obras de creación más estética. La situación actual de escritores y filósofos hace especialmente favorable un nuevo modo de pensar el pensamiento, y de expresarlo.

PALABRAS CLAVES

Literatura, filosofía, actualidad, arte, pensadores actuales, poesía, diálogo, ciencia, latinoamericano, panorama.

A partir del siglo XX es admisible desde muchos puntos de vista la afirmación: todo es arte. Y, si bien al final de dicho siglo se ha puesto de manifiesto que no todo es igualmente arte ni con el mismo valor, hay que hacer notar que ya estamos en el siglo XXI y que los puntos de vista están cambiando. No todas las obras son igualmente valoradas ni por la subjetividad ni socialmente ni en el mercado ni entre los expertos y críticos. Es decir, no se trata de un relativismo absoluto y además cabe cierto rigor, aunque no sea el propio de las matemáticas o el de las leyes físicas aplicadas a la mecánica pues nos hallamos ante algo vivo y que excede tales leyes y formas, por lo que no puede reducirse a éstas si queremos juzgarlo. Si cualquier objeto, hecho, puesto, retocado o intencionalmente considerado puede admirarse como obra de arte en un determinado contexto, también cabe observar de ese modo el ensayo y los estudios científicos en general. Y es que la distinción entre un tratado científico, el ensayo o un escrito divulgativo y entre éstos y la literatura no es nítida sino que se funden y confunden de modo que cortar en géneros viene a ser siempre algo aproximado, debido fundamentalmente a la voluntad de quien esquematiza, cristaliza y hace rígida (para crearla suya y dominada) una realidad en sí confusa y difusa, viva, elástica y en movimiento.

⁵⁸ Iliá Galán, (Miranda de Ebro, 1966) es Doctor en Filosofía del Arte y ha fundado y dirigido la revista de pensamiento *Aula Cero*. Colaborador Honorífico en las Facultades de Filosofía y Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, es en la actualidad Investigador del Programa Ramón y Cajal en Estética por la Universidad Carlos III de Madrid. Columnista habitual en *Diario de Burgos*, *Diario Palentino*, *Diario de Noticias*, *Diario de Ávila*, *La Tribuna de Ciudad Real*, *Guadalajara*, *Toledo* y *Cuenca*. Tiene publicados los libros: *Tempestad, amanece* Madrid, Endymion 1991. *El Dios de los dioses (Ciencia del arte)* Madrid, Libertarias-Prodhufo, 1993, *El romanticismo: Schelling o el arte divino* Madrid, Endymion, 1999, *Tequila sin trabajo*, Madrid, Morandi, 2000, *Tiempos ariscos para un extranjero*, Madrid, Morandi, 2001, *Lo sublime como fundamento del arte frente a lo bello*, Madrid, BOE, 2002 y *Arderá el hielo*, Madrid, Calambur, 2002, *Actualidad del pensamiento de Sem Tob (filosofía hispano-hebraica del siglo XIV)*, Madrid, Endymion, 2003, *Arte, sociedad y mundo (Filosofía en pequeñas dosis)*, Madrid, Libertarias, 2004, *Todo*, Madrid, Calambur, 2004, y *Amanece*, Madrid, Calambur, 2005.

Fecha de recepción: Noviembre 23, 2006 // Fecha de aprobación: Noviembre 30, 2006

En este sentido cabe entender la ciencia como un arte y muy especialmente la pretendida ciencia filosófica. Que cualquier estudio científico de pretendido rigor y demostrado saber pueda ser arte lo destaca en sus obras Feyerabend, un arte del conocer con todo lo que implican las artes de influencia del sujeto en los objetos estudiados y sobre todo en su misma representación en la mente del contemplador. En realidad, ya Platón, desde su idealismo, viene a considerar en su *Banquete* (209a, 211c) el saber máximo como el saber de la belleza, y el saber más bello el de organizar la vida social. No resulta extraño, por lo mismo, hallar en las *Cartas para la educación estética del hombre* de F. Schiller, frases en las que habla de artistas del filosofar (carta XV). Así pues, del mismo modo que se habla de la ciencia como arte precisamente desde la ciencia del arte o la filosofía del arte, podemos invertir a Hegel y ponerle cabeza abajo para obligarle a decir, pese a sí mismo, que el saber abstracto no es la culminación del despliegue del Absoluto, donde la Divinidad se reconoce a sí misma, sino el arte, como ya decía Schelling, su antiguo compañero, aunque más bien hagamos hoy referencia al arte del concepto, como una forma literaria especialmente abstracta que, como la novela, el teatro o la poesía, nos entrega modos de hacernos con el mundo, desvelarlo o confundirlo, por la belleza, el asombro, la conmoción o la sublimidad, a fin de palpar los huesos mismos de sus últimos misterios.

En este sentido, el ensayo, como un probar a tocar las verdades, siempre escurridizas como anguilas y difusas como la lechuza de Minerva cuando la vemos volar en la noche, es un arte del pensar y del saber y ahí se incluyen los ensayos de filosofía, sociología, antropología, teoría literaria, etc. No estamos así muy lejos de lo que Unamuno afirmaba cuando equiparaba en su prólogo-epílogo a la segunda edición de *Amor y Pedagogía* y en alguna de sus cartas las obras de Homero, Cervantes, Shakespeare, Milton y Goethe a las de Tucídides o Tácito, a la *Crítica de la razón pura* de Kant o a la *Lógica* de Hegel.

Sin embargo, no significa esto que caigamos en un esteticismo absolutista, pues no se niega la distinción y lo específico de la experiencia estética frente a otras experiencias, y la diferencia entre experiencia de lo bello o lo sublime y el contenido conceptual o de verdad -a veces intuitiva- con el que se mezclan también parcialmente o de algún modo. En esto podemos diferir con Unamuno. Pero cabe aceptarlo como mi punto de vista posible, tal vez realzado, como el más interesante, entre muchos otros que también pueden adoptarse, como entre un conjunto de hipótesis que no se molestan entre sí ni se invalidan necesariamente. Ciertamente que hay más fácil y accesible belleza y sublimidad en Shakespeare que en un arduo tratado filosófico. Pero ello no impide que pueda entenderse éste, tal y como lo hace el Idealismo Alemán, como una construcción de la mente, y en este sentido podríamos equiparar la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino con una gótica catedral, o los escritos de San Buenaventura, los de Scoto Eriúgena o R. Lull con similares construcciones y por lo mismo los sistemas de Kant, Schelling, Hegel o la pretenciosa y pretendida ciencia de Marx y Engels, e incluso podemos sentarnos a admirar sus ruinas cuando sus paredes se cuartejan y como sillares desprendidos van cayendo unos argumentos y otros frente a otros edificios que se elevan en la mente de nuevos pensadores y reciclan, de olvidados pensamientos, columnas y viejos capiteles recolocándolos.

Múltiples caras (y máscaras) hallamos tanto en lo real como en lo ideal, de hecho, realidad y deseo, espíritu y materia, que se mezclan, como en una escultura o en las palabras que deja la pluma etérea pero matérica del poeta. Las ideas se hacen carne en los proyectos y las humanas decisiones, a veces nos vienen impuestas. En verdad (podríamos decir: en realidad, y, por lo mismo, en idealidad o idealmente), muchos problemas de la ciencia y, en general, del saber occidental, se dan por la pretensión de discernir nítidamente y buscar verdades claras y distintas que apenas existen o se conocen "realmente" como tales, si las hay para los mortales humanos. Se trata del problema del método y su conocido defensor y creador, Descartes, y eso que hoy ni las matemáticas son siempre tan exactas, y mucho menos evidentes y claras en todo, pues han tenido que admitir a sus reuniones geométricas el caos y aporías múltiples, paradojas que antaño ni se intuían. Esto hace que resulten quiméricos sus antiguos fundamentos, inaccesibles cimientos que nadan en el mismo barco de todo lo que a nuestro alrededor y dentro de nosotros mismos se mueve. En resumen, no hay verdades claras y distintas, o sólo lo son por fe e intuición, más o menos, apenas transmisibles por la palabra (instrumento y vehículo ambiguo por definición).

Tal vez resulte esto escandaloso cuando el final del siglo XX se pobló de autores de tendencia analítica, muchos de los cuales creyeron poder hallar las claves del mundo en análisis sintácticos, separando palabras e ideas, desarrollando en el fondo la disección o desmontado de un ser vivo (la obra de pensamiento) sin luego muchas veces saber reconstruirlo. Por ello, ese excesivo afán de distinción produce a menudo entre los intelectuales dominados por tales maneras de enfocar las cosas,

miopes, necesitados de potentes gafas o microscopios que olvidan el todo creyendo hallarlo en partes diseminadas, como si sólo el corazón muerto de la lagartija diseccionada explicara su vida entera. Como si la fórmula química explicase nuestro amor a una persona, la amistad, el ideal. Para ellos, cierto es, los demás son visionarios, porque elaboran un pensamiento sintético; pero es que no otra cosa es el saber, imaginar soluciones a problemas, y así responden los grandes filósofos, cada uno con sus ensayos. Pero también saber es descubrir problemas allí donde no los había (falsamente, pues dormitaban, en realidad, escondidos, y así el pensador imaginativo, como el analista metódico, descubren lo endeble y avisan a los demás del firme antes de que el suelo se hunda bajo los pies del que pretende vivir asegurado).

Que la literatura y el ensayo no tienen bien delimitadas las fronteras -pues entre ellas están ellas mismas como lo mismo-, se demuestra tanto en la literatura-ensayo de ciencia ficción como en las ficciones de físicos, matemáticos, economistas y, muy especialmente, entre los filósofos. Así, desde el inicio de la filosofía que podemos reconocer como tal en sentido clásico lo hallamos con los poetas-científicos-filósofos presocráticos (Parménides, Empédocles...), con las obras de ensayo o novelas de Rousseau (*Julie ou la Nouvelle Héloïse*, *Emile ou de l'éducation*, *Rêveries du Promeneur solitaire...*) Voltaire (*Candide*, *La Henriade*, *Oedipe*, *Les Lettres philosophiques*, *Zadig*, etc.), Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard, Bergson, Sartre o Cioran, entre otros muchos, con relatos, teatro, poesía, aforismos, mezclas entre filosofía y los demás, y lo vemos incluso en la forma diálogo, consagrada por Platón, como expresión teatral del pensamiento, forma que se perpetúa en Leibniz, Hume o Schelling.

Si España parece haber sido pobre en pensadores durante los últimos siglos, en parte debido al control de la censura y un férreo escolasticismo, el siglo XX, con el comienzo de ciertas libertades, pudo engendrar fecundos autores como Ortega y Gasset, Unamuno o María Zambrano, todos ellos reputados por su excelencia literaria como ejemplares y que emanan metáforas, cuidadas prosas y hasta versos en casi todas sus obras (de pensamiento o más "pretendidamente literarias"). La dictadura de Franco fue un paréntesis que ahondó el aislamiento de un mundo rico en obras y modos de ver y abocó a un complejo de inferioridad filosófica que venía ya de la generación del 98; no sólo por la decadencia hispánica, sino porque estaba al margen de la Modernidad, apenas ilustrada, oscura como las pinturas negras de Goya en el siglo europeo de las luces.

Sin embargo, las tres últimas décadas del siglo XX se han mostrado también fecundas, y son conocidas obras literarias y de ensayo de Fernando Savater, Ignacio Gómez de Liaño, Gabriel Albiac, Rafael Argullol o García Calvo.

Si el panorama actual muestra, por la calidad de sus autores, que hay obras memorables equiparables a las que de Francia, Reino Unido, Alemania, Italia o EEUU vienen, sigue subsistiendo todavía ese complejo de inferioridad frente al norte de Europa, aunque poco a poco va disipándose. Y ello se ve reflejado en la inmensa cantidad de traducciones que se editan y consumen, no siendo así en las grandes naciones, como las mencionadas, que miran más por los productos propios, los cuidan y exportan con unas claras estrategias de mercadotecnia cultural y que se ve especialmente fecunda en la política que al respecto sigue desde hace mucho tiempo París, haciendo suyos a muchos escritores y pensadores extranjeros que acaban viviendo en la ciudad de la Revolución Francesa de la que ha rebrotado nuestra civilización. Si después de la dictadura la falta de textos fundamentales, prohibidos por la censura, requería un especial esfuerzo de apertura e importancia de ideas y obras, el panorama ha cambiado y la madurez de nuestros ensayistas puede competir en la calidad de su arte y sus encantos con las que antes eran naciones admiradas como superiores en casi todo.

El principal problema sigue siendo el de la dificultad de distribuir los libros de pequeñas editoriales que mueren de hecho al no llegar apenas al destino, el lector. Aunque hay buenas editoriales de ensayo y premios adecuados -si bien pocos-, la fuente fundamental de edición está en editoriales universitarias que no distribuyen casi y se reducen al ámbito académico.

Sin embargo, la producción desarrollada en revistas varias ha aumentado tanto en calidad como en cantidad y no son desdeñables los artículos publicados en la prensa escrita de tipo generalista por nuestros más conspicuos representantes del género ensayo. Género que se distingue del escrito académico por una menor atención a problemas puntuales y eruditos, menos citas y una mayor pretensión en cuanto a la envergadura del pensamiento. Como ahora no estamos en época que tenga fe en los sistemas de pensamiento, la forma de expresión ha ampliado sus posibilidades. Al fin y al cabo, la *Crítica de la razón pura* de Kant, *El discurso del método* de Descartes o los aforismos de Pascal, los libros de Nietzsche, Marx o Bakunin eran también ensayos cuando se editaron, hoy convertidos en clásicos y textos canónicos.

Si se advierte la falta de jóvenes filósofos, frente a la actual atención mediática ante jóvenes narradores o poetas es porque el medio habitual de incubación del ensayo es el mundo académico, donde, mientras se realiza la tesis doctoral y se hacen los convenientes estudios no se suele empezar a despegar intelectualmente hasta bien entrados en la treintena. Por otro lado, los medios de promoción para pensadores o ensayistas jóvenes son muy reducidos o nulos por lo que su empeño se desenvuelve en medio de una tarea a veces casi titánica.

Pero si algo llama especialmente la atención es la emergencia de nuevos y graves problemas que reclaman una detenida reflexión, tales como la cibercultura, el desarrollo de la tecnociencia, los avances y experimentos en genética, la ecología y los nuevos movimientos políticos de una era que se dice a sí misma globalizada.

Algunos reclaman para nuestros objetos nuevos modos de pensamiento y expresión, lo cual tiene cierto sentido (vino nuevo en odres nuevos; nuevas categorías pues no caben tales datos en las antiguas estanterías de nuestra mentalidad o caen reventadas si las forzamos) pero no hay que olvidar que el sujeto pensante, el ser humano, es uno, el mismo que piensa y siente esencialmente, igual según hable un idioma u otro, que vea unos objetivos u otros; y es que se ha exagerado la importancia dada por Herder y luego por la Escuela de Viena, con el llamado Giro Lingüístico incluido, a las lenguas como si éstas configuraran el mundo pensado y no fuera posible un pensar -por ejemplo, la intuición- que trasciende lenguas y modos de expresión. Así pues, cabe pensar que una mayor riqueza de lenguas puede ser una gran pobreza (económica, de desarrollo en medios, etc.) frente al dogma que pretende consagrarse en la actualidad casi con el rango de un derecho humano (los derechos de las lenguas). El ejemplo de la traducción ayuda a ver que no sólo somos un lenguaje y que somos más bien pre-lenguaje, pues cuando pensamos en varios idiomas somos los mismos y no por ello varían necesariamente nuestros puntos de vista aunque sí su expresión, su modo de salir de nosotros y llegar a otros. Por eso el arte, en el fondo, siempre expresa lo mismo, y las formas ayudan a ver matices que el vehículo material (un idioma u otro, tinta verde o negra, pintura, escultura, sonido, etc.) apenas deforma pues la clave está más bien en su espíritu o contenido.

Así pues, hoy, con jóvenes que han nacido en un mundo no ya donde hubiera cine, sino poblado por televisiones y llenos de imágenes, de fragmentos que permite el *zapping*, el control a distancia al cambiar de canal o el ser interrumpido una y otra vez por los anuncios de publicidad, se ha potenciado con los que viven desde su juventud la era de internet.

Así pues es posible hoy desarrollar el ensayo con imágenes (no sólo con fotos, que sustituyen a los clásicos grabados o dibujos) sino que mezclan la palabra con la imagen, o una imagen es seguida de su explicación -como es habitual en libros sobre arte o que se inspiran en uno o varios cuadros, por ejemplo-, o en una película... Pero sobre todo, y esto es lo novedoso, pues recuerda a la obra de arte total propia de la ópera wagneriana, cabe fundir en la medida en que los medios tecnológicos vayan resultando eficientes, cine y palabra, fotografía y música con textos y hasta escultura, de modo que puede haber (realidad virtual, imagen en tres dimensiones) una explicación sensible para ideas, donde palabras y conceptos cedan paso a demostraciones visuales en un todo mezclado, más propio de lo que el ser humano es (inteligencia desde la voluntad y los deseos nacidos también de los sentidos) incluso como obra de arte. Ahí el hipertexto, como señalan Andoni Alonso o Iñaki Arzoz, o se ve en los desarrollos de Antonio de las Heras, recupera la tradición del aforismo y del sistema en múltiples caminos y formas libres de composición. La unidad del pensar en un medio virtual se daría eminentemente en la persona que piensa no sólo con su cerebro sino también con su voluntad, su corazón, sus sentimientos, su imaginación, su memoria y sus sentidos externos.

Puede parecer un mundo más confuso y misterioso, caótico, con las reminiscencias góticas y románticas que traen las nuevas estéticas digitales, porque tal vez estemos en los umbrales de una época que podríamos denominar transgótica, pero a ello nos ha llevado el abuso de la razón tecnológica.

Aunque el fondo sea el mismo, nuestro mundo, y todos los mundos posibles y para nosotros accesibles, es modelado con formas más apropiadas o adecuadas a cada momento, más inteligibles con un idioma u otro, con una modelación concreta de los lenguajes. España, en este sentido, por su tradición de pensadores-literatos o artistas, premoderna y por tanto más allá de la modernidad sin haberla aceptado del todo, está especialmente preparada para ese renacimiento de un pensar completo, gracias a las nuevas tecnologías y entendiendo el ejercicio del pensar como un arte más entre las feás y bellas artes.

¿Literatura o filosofía? Realmente esta pregunta puede estar mal formulada a la hora de mirar

hacia el pensamiento en lengua española, ya que la filosofía española se desarrolla tradicionalmente a través de su literatura y más claramente todavía cuando se mira desde la experiencia del siglo XX y el comienzo del XXI. Por otra parte, en la literatura española se muestra una línea que entronca más directamente con los orígenes de la filosofía occidental, orígenes representados por los poemas filosóficos de Parménides o Empédocles, por los diálogos o dramas (teatrillos) de la idea escritos por Platón y su hábil uso de la metáfora y la alegoría, así como de otros recursos retóricos, como luego mostrará Longino en su tratado acerca de lo sublime, y que se continúa en la historia del pensamiento europeo en numerosos autores fundamentales en la historia de la filosofía que escriben por medio de diversos géneros literarios: el diálogo (teatro de las ideas) es usado por numerosos autores en diferentes épocas, desde Boecio, Galileo a Leibniz, Lessing, Hume o Schelling. Los aforismos, proverbios o similares fórmulas los encontramos en Marco Aurelio, Epicteto, Pascal, Diderot, Goethe, Nietzsche, Schopenhauer, Kierkegaard, Wittgenstein, Ciorán y tantos otros. La fórmula oracional la hallamos en diversos autores medievales como San Anselmo; las cartas o epístolas en Séneca, Sevigné, Rousseau, Voltaire y Schiller; el artículo periodístico en Addison, Voltaire y casi todos los grandes filósofos de la segunda mitad del siglo XX, como Ortega y Gasset, Habermas, Derrida, Lyotard, Popper, G. Steiner, etc. El estilo de las memorias en autores como San Agustín, Rousseau o Kierkegaard; la novela como expresión de la filosofía en autores como Rousseau, Voltaire, Diderot, Goethe, Sartre, Camus, Ionesco o U. Eco; la poesía ha sido muy practicada por diversos filósofos y conocemos las escritas por Lull, Hegel o Heidegger, pero también el teatro en sentido estricto, representable escénicamente, en Séneca, Voltaire, Rousseau, Lessing, Sartre, Camus o Ionesco entre otros muchos que practican híbridos entre unos géneros y otros. No es extraño que algunos grandes filósofos hayan recibido precisamente el premio Nobel de literatura (Bergson, Sartre, Camus, Octavio Paz, etc.). Que la filosofía se entienda sobre todo en una formulación a través de los tratados es debido al afán de presentarse como ciencia y al entorno académico, aunque ni siempre haya sido así ni parezca que tenga que seguir siéndolo. Especialmente a partir de la Ilustración, el modelo hegemónico de las ciencias empíricas arrastró a la apreciación de un determinado tipo de pensamiento gestado en los entornos académicos y tendientes a huir de lo literario para envolverse con el rígido manto de "lo serio".

Lo serio a veces es confundido con lo erudito y aburrido, pero más generalmente con lo sistemático, aunque haya muchas exposiciones sistemáticas ridículas y torpes, con torpes pretensiones científicas. A esto se añade que en el siglo XXI, después de la disolución y mezcla de géneros literarios desarrollada sobre todo a partir del Romanticismo pero mucho más claramente después de las primeras y clásicas vanguardias del siglo XX, no puede decirse sin grave peligro de inexactitud que la metáfora o el modo literario no sea un modo menos serio y adecuado de transmitir el pensamiento que el modo puramente conceptual y ordenado según el modelo de las ciencias empíricas. De ahí que cuando se pregunta: ¿existe la filosofía en español? Muchos se extrañan pues creen que no existe o que los millones de hablantes en lengua española piensan más bien de forma literaria que de un modo sistemático y, cuando hacen esto, no merecen tanto la pena como los filósofos de lengua francesa, alemana o inglesa, por ejemplo. Ciertamente, a veces debido a la falta de interés por lo que sucede al sur de los Pirineos o en la América hispana y en Guinea Ecuatorial. Los centros neurálgicos de difusión cultural del mundo (EEUU, Inglaterra, París o Alemania y, en menor medida Italia) hacen en la actualidad opaco el panorama de pensamiento en español, por puro desconocimiento, siguiendo una tendencia que viene en parte desde la Ilustración. Precisamente por el triunfo de la Ilustración en toda Europa y la sólo parcial aceptación de ésta en el mundo de lengua española se puede entender que se diese esa mirada indiferente a lo que en español se producía, a lo que se unieron la Leyenda Negra, fenómenos de decadencia política y en algunos casos también culturales. Pero con la situación actual en que algunos valores postmodernos se imponen por su propio peso, los países de lengua española que parecieron quedarse más bien en una situación premoderna se encuentran más rápidamente con la situación postmoderna y parecen de nuevo preparados para ocupar su adecuado lugar en la esfera internacional no sólo de lo literario, que nunca ha podido soslayarse, sino también de lo filosófico.

Sin embargo, pese a ese imperio academicista, lo que se ha conservado como filosofía en lengua española es normalmente lo que vemos bajo forma literaria, a veces no sólo como un ropaje para una idea sino como una expresión artística pura generadora de múltiples ideas, incluso con cierta sistemática, como se puede pensar en la lectura de las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique o con el *Quijote* de Cervantes. La tradición del pensamiento español encuentra numerosos casos como éstos.

De hecho, si se leen algunos libros en la actualidad canónicos acerca de la historia de la filosofía en español, como por ejemplo: *Historia del pensamiento español (de Séneca a nuestros días)* de José Luis Abellán⁵⁹, podría sorprender a más de uno hallar entre sus páginas capítulos enteros dedicados a autores clave en la historia de la filosofía que son también fundamentales en la historia de la literatura española, incluyendo aquéllos que por la época escribían en latín o aquéllos que escribían en otras lenguas ibéricas, como el gallego, el catalán, el hebreo o el árabe, entre otras. Así, leemos en su índice los siguientes capítulos dedicados a literatos o libros fundamentales en la historia de la literatura española que son estudiados como autores o libros filosóficos, por ejemplo: L. A. Séneca, Ramón Llull, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Cervantes, Quevedo, Baltasar Gracián, Calderón de la Barca, Benito Jerónimo Feijóo, Jovellanos, Espronceda, Larra, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, El mito de don Juan y el Tenorio de José Zorrilla, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Ortega y Gasset y Francisco Ayala.

A este largo listado, podrían añadirse el caso de Sem Tob de Carrión, Moisés de León y su *Sóhar*, Ibn-Hazm de Córdoba con su *El collar de la paloma*, como tratado sobre el amor, y tantos otros. Esto hablando de autores clásicos o ya consagrados. Lo que no excluye que haya también filósofos y tratadistas de estilo académico o que elaboran también tratados menos literarios y más eminentemente conceptuales, siendo también ellos filósofos que han pasado a la historia universal de la filosofía occidental, como Avicibrón, Averroes, Maimónides, Ramón Llull, Luis Vives, Francisco de Vitoria, Bartolomé de las Casas, Luis de Molina, o Francisco Suárez.

Pareciera que, aunque hay autores de renombre universal entre los más típicos filósofos, como los que se acaban de citar, buena parte del pensamiento hispano se da en la literatura, de modo heterodoxo y fuera de los circuitos oficiales del saber universitario. Sin embargo, es en la Modernidad cuando esto resulta más patente, hasta el punto de que no resultaría extraño aseverar que los filósofos españoles son más creadores de nuevas y más hondas corrientes de pensamiento cuando se expresan literariamente que cuando se ciñen a los moldes académicos o meramente conceptuales.

Sin duda llama la atención el empobrecimiento del pensamiento español, expresado en forma académica o rigurosamente conceptual, producido durante el periodo que comienza en el siglo XVII, desde el alborar del Racionalismo, continuando con la filosofía renacentista más hegemónica, hasta el siglo XX. El esplendor barroco en España y la América española es evidente en arquitectura, pintura, escultura y literatura, (en música se está descubriendo ahora) sin embargo en el pensamiento académico o en la filosofía sistemática resulta casi nulo. La tesis de que la Inquisición en su lucha contra la herejía y para mantener la integridad del catolicismo así como evitar guerras de religión en los reinos españoles fue la causa de que no se pensara no resulta convincente cuando se advierte una muy seria filosofía en algunos de sus escritores, poetas y dramaturgos más destacados. Así, no sólo en el teatro de Lope de Vega o en su poesía, como en la de Góngora, sino en el de Calderón, que tanto inspirara a los Schlegel para sus teorías románticas sobre el arte, a Goethe o a Schopenhauer, en el Quevedo de la poesía metafísica, de las novelas y de los ensayos: *La cuna y la sepultura*, *Política de Dios*, *Vida de Marco Bruto*, etc. Sin contar con la monumental obra de Cervantes: el *Quijote* fue publicado en 1605, la primera parte, y la segunda en 1615, así como los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Cervantes, en 1617, al final de su vida, impregnando el Barroco, que por esas fechas ya ha brotado en Italia (la fachada de San Pedro en el Vaticano es de 1612, y en Roma Maderna ha hecho en 1603 Santa Susana; Ponzio, Acqua Paola, en 1614 y Vasanzio, Villa Borghese, en 1615) y que ya deja sus primeras obras barrocas en España, mostrando al viejo Cervantes la nueva sensibilidad, como el Convento de la Encarnación en Madrid, de Gómez Mora, acabado en 1616 o el Colegio de los Jesuitas en Salamanca que se comenzaba a hacer en 1617. Cervantes extinguió su vida con la entrada del barroco y dejaba honda huella en autores barrocos que con él convivieron, como Góngora, Quevedo, etc.

Es decir, el siglo XVII escribe su pensamiento en español en forma eminentemente literaria, con autores de la altura de Baltasar Gracián, hoy tan de moda como pensador en EEUU y otros países europeos. Alcance bien claro en sus libros: *Agudeza y Arte de Ingenio*, *El héroe*, *El político*, *El discreto*, o *El Criticón*.

La otra explicación posible, al menos como hipótesis, es que el Racionalismo no termina de impregnar la mentalidad española, como tampoco lo hará la Ilustración, sino que son más bien corrientes de pensamiento que resbalan en la cultura española, tanto en la península como en América,

⁵⁹ José Luis Abellán: *Historia del pensamiento español (de Séneca a nuestros días)*, Madrid, 1998.

que tal vez recibe más rápido la impregnación política y social, por el acaecer independentista. De hecho, el final del siglo XVIII español, el periodo propiamente Ilustrado, es uno de los más pobres en la literatura española, tal vez debido precisamente a la influencia ilustrada. En éste se estudian a autores como Moratín, Feijóo o Jovellanos, con sus escritos técnicos o sus planes de reforma agraria, escritos políticos, etc., así como a Cadalso, quien al emular al Montesquieu de *Las Cartas persas* en sus *Cartas marruecas* no se muestra sino como un hábil adaptador e ingenioso pensador, no un gran filósofo, pero que resulta mucho más interesante en su obra romántica y "no racional", en sus *Noches lúgubres*. Se diría que no hay grandes filósofos ilustrados, como tampoco músicos en el seno del Clasicismo (a Arriaga le pasa lo mismo que a Cadalso) e incluso tampoco escritores de envergadura. Como si la Ilustración, tan fructífera en Francia, Inglaterra o Alemania, apagara la poesía y la narrativa española.

Sin embargo, cuando la Ilustración produce su antagonista y se vuelve, con enorme rapidez, romántica, florecen de nuevo grandes autores que muestran su pensamiento en lucha con lo fríamente racional y el desnudo concepto, como el Duque de Rivas, Larra, Espronceda, Pedro Antonio de Alarcón, Rosalía de Castro o Bécquer.

Si atendemos a los autores que son nombrados como filósofos en el siglo XX, nos encontramos con dos periodos claramente señalados: el primero, el anterior a la guerra civil y a la dictadura, y el posterior a éste, ya que la producción filosófica desarrollada durante la posguerra obedece a criterios anteriores (el caso de Ortega y Gasset o los exiliados, como Adolfo Sánchez Vázquez o García Bacca) o bien tiende a ser escolástica y pobre, dejando surgir algunos autores que mostrarán su obra en un adecuado contexto cuando llegue la democracia. La guerra y la barbarie propia de ese periodo, así como la posterior dictadura que vuelve a moldes ideológicos más propios del Antiguo Régimen que los desarrollados con posterioridad a la Revolución Francesa, suponen una especie de paréntesis o retorno que en el caso del pensamiento parece estancarse en moldes académicos y escolásticos de pobre factura, también en parte debido a la censura y el exilio de no pocos pensadores.

El siglo XX despierta con la herencia del krausismo, tanto en literatura como en filosofía, educación y artes, según se ve por la influencia de la Institución Libre de Enseñanza o la Residencia de Estudiantes (Lorca, Buñuel, Dalí, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, etc.), gracias sobre todo a la labor de traducción e interpretación de Sanz del Río y Francisco Giner de los Ríos, pero también al magisterio y al gobierno del ministro Fernando de los Ríos y otros pensadores y educadores liberales. Así pues, se despierta con el descubrimiento tardío del Idealismo Alemán, empezando por Kant, pero sobre todo filtrando a éste y a Fichte, Schelling y Hegel por medio del pensamiento de Krause, ya en la órbita del Romanticismo. En ese ambiente surgirán autores de la talla de Miguel de Unamuno, brillante ensayista, reconocido poeta y novelista, así como Ortega y Gasset, ensayista que bebe tanto de las escuelas neokantianas como del vitalismo de Dilthey o Nietzsche, impregnándose, como este último, de una prosa poética, lleno de metáforas, que le hizo modelo y ser estudiado en no pocos manuales de literatura. Parte de su obra se publicó en periódicos en forma de breves y agudos artículos, ejemplo de una trayectoria literaria que, con una visión ahora más profunda, le llegaba desde los tiempos de Larra y así surgieron algunos de sus libros más destacados, como *La rebelión de las masas* o *El espectador*.

Junto a esos dos grandes, otros autores de ensayo o tratados filosóficos, algunos seguidores de la escuela de Ortega, como Manuel García Morente, Xavier Zubiri o Julián Marías y otros como Amor Ruibal, Sergio Rábade, José Luis Aranguren, José Ferrater Mora o Juan David García Bacca entran en las historias de la filosofía del siglo pasado. Pero no se olvide el trabajo de autores como la escritura poética, prosa poética o filosofía poética de María Zambrano, la obra contestataria de Agustín García Calvo, también poeta, de Luis Jiménez, Emilio Lledó, A. López Quintás, Leonardo Polo, Manuel Garrido o Gustavo Bueno, entre autores ya fallecidos o de edad proveya. En otros países, destaca la obra ensayística de Octavio Paz, premio Nobel de literatura, especialmente apreciada por su poderoso sugerir, junto a su poesía. Asimismo podríamos buscar con facilidad un pensamiento poderoso en la obra del denominado "realismo mágico" de García Márquez, o en los ensayos de Mario Vargas Llosa y sus novelas en las que plantea graves tesis para la meditación. Un caso excéntrico sería la literatura filosófica y babélica de Jorge Luis Borges.

Tampoco puede dejarse de lado la literatura de posguerra española, con fuerte contenido de crítica social en muchos casos, aunque a menudo de forma soterrada, para evitar la censura. Literatura que sigue la tendencia que se daba en la narrativa de Galdós, en Baroja o en Maeztu y Blasco Ibáñez, al igual que ya estaba incluso en la poesía de Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, José Hernández, Antonio Machado o García Lorca, continuada por Gabriel Celaya, José Hierro y otros, como también en su teatro y que tiene todavía más claros exponentes en la América hispana: Neruda, Max Aub,

Francisco Ayala o Ramón J. Sender y llegará a ejercer su atracción hasta en C. J. Cela y Miguel Delibes.

La actualidad más tópicamente filosófica, con autores ya maduros como Javier Muguerza, Isidoro Reguera, Félix Duque, Javier Sádaba, Jesús Mosterín, Adela Cortina y Eugenio Trías, cuenta con brillantes articulistas, algunos de ellos con una escritura de alta calidad literaria, y vuelve a mostrarnos el fondo que impregna como una constante el pensamiento en español, su poca adecuación al racionalismo y su difícil adaptación a la Modernidad surgida en el siglo XVIII europeo, también truncada porque los ilustrados normalmente fueron afrancesados y por ello la invasión napoleónica y la guerra que originó fue traumática para la intelectualidad española, lo que provocó una grave reacción contra todo lo francés y las ideas que en esa nación se habían originado como cercanas a la Revolución. Como la Ilustración llegaba fundamentalmente a España desde Francia, al cortarse esta vía, se provocó un cierto aislamiento.

Ese espíritu poco racionalista todavía se nota más en aquellos filósofos actuales que practican conjuntamente la filosofía y la literatura, como es el caso de Félix de Azúa, filósofo y novelista, el de José Jiménez, filósofo y poeta, el de Gabriel Albiac y Fernando Savater, filósofos y novelistas. Entre éstos, hay dos que lo plantean de modo especialmente contundente. El caso de Rafael Argullol es paradigmático por su noción de "transversalidad", donde expone que su pensamiento se da en toda su obra, su poesía, su novela, sus artículos, ensayos, etc. O, dicho de otro modo, que filosofía y literatura no tienen líneas divisorias sino que se dan como en un todo, con diversos rostros. No muy diferente es la situación de Ignacio Gómez de Liaño, quien defiende, con su recuperación de los diagramas, un pensamiento sensible, simbólico, y que se expresa también en sus novelas y en sus poemas. Normalmente, sin renunciar a la razón, se toman los recursos de otros modos de pensar y percibir de manera que entonces la forma de expresar ese saber es múltiple. Y en esa línea se sitúan los filósofos de las generaciones más jóvenes: José Luis Pardo, Patxi Lanceros, Rogelio Blanco, Daniel Innerarity, Jesús de Garay o Andoni Alonso, quien propone un nuevo modo literario de hacer filosofía por medio del ciberforismo, un nuevo lenguaje para un nuevo pensamiento, o el caso de Ilija Galán, que parte de la pura negación del principio de no contradicción⁶⁰ para proponer un razonar después de asumir el fracaso de la razón y lograr conciencia del absurdo, por tanto como una forma literaria o artística, según muestra también en otros libros⁶¹ y en sus novelas y poemarios.

No en vano habría que contrastar y leer conjuntamente la producción filosófica y literaria con la situación actual del arte contemporáneo y por ello se ve una peculiar visión del mundo en autores como Muñoz Molina, los hermanos Goytisolo, o en Julio Llamazares, en especial en su última novela: *El cielo de Madrid*, sobre el sentido del artista ante la vida, como en la primera de las suyas: *La lluvia amarilla*. Por ello mismo, tanto éste, como otros autores englobados en el movimiento *Transgótico*, jóvenes en su mayor parte, coinciden en una nueva visión del mundo, expresada en novela o poesía, y así es el caso, junto a Llamazares, de Eugenia Rico, Irene Zoe Alameda y otros de una percepción postmoderna, como Lucía Etxebarria, o clásica-postmoderna, como Juan Manuel de Prada.

En realidad, una correcta lectura del pensamiento en español exigiría leer a la vez todas las muestras artísticas en las que éste se expresa, tal es lo que sucedió en el Surrealismo con Buñuel y Dalí, o la postmodernidad en Almodóvar, al igual que en la tradición realista española surgían las formas quiméricas y barrocas de los obispos podridos de Valdés Leal, del mismo modo que se entiende el misticismo y la sobriedad española del barroco en su pintura, como en algunos de sus más desnudos bodegones donde un pedazo de pan y una jarra de barro pretenden decirlo todo. Si leemos no sólo una visión teológica y mística en San Juan de la Cruz y en Santa Teresa de Jesús sino también una honda filosofía, parece fácil concluir que es natural en la tradición de lengua española el escribir el pensamiento como arte y literatura, indistintamente, como formas sensibles para las ideas. Como si en la cultura española no se aceptasen ideas de abstracciones puras sino que se pensase también, como decía Pascal, con el corazón, pero a través de lo sensible. Por eso, la filosofía revive en su metamorfosis literaria, siendo lo mismo como poesía, novela o ensayo, en el fondo. Distinción de géneros que muchas veces es imposible porque no existe una cuadrícula matemática que divida nítidamente, como pretendía Descartes, la realidad de modo claro y distinto, sino que tal realidad

⁶⁰ El Dios de los dioses (Ciencia del arte), Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1993.

⁶¹ *Actualidad del pensamiento de Sem Tob*, Madrid, Endymión, 2003.
Arte, sociedad y mundo, Madrid, Libertarias 2004.

parece más bien un magma vivo y siempre más o menos confuso que se desenvuelve de múltiples modos. Al contrario que en las tradiciones académicas de otros países de Europa (aunque también haya grandes filósofos entre sus poetas, novelistas y dramaturgos, así como la hibridación), donde la abstracción rígida parece hallar su plenitud en moldes universitarios, en la cultura que impregna el español se ve cómo la filosofía no es en el fondo sino una forma de literatura, más valiosa en la medida en que equilibra el pensamiento con la sensibilidad y lo hace más accesible también con la intuición. Tal vez sirva como llave maestra para entender el problema de la decadencia cultural española en el periodo de la modernidad ilustrada y que revive con el Romanticismo y ahora con la Postmodernidad. La cultura española, tanto en la península ibérica como en África o en América, sintoniza especialmente con lo irracional y el vitalismo, que es lo que, combinado con la razón como mediación, como un útil entre otros, hace que hoy resulte especialmente preparada para afrontar la situación actual de la cultura occidental. Si el mundo en español entró tarde y parcialmente a nadar en la corriente de pensamiento de la Modernidad, al no haber abandonado su percepción artística como modo del pensar, está sin embargo en primera línea para salir de nuevo a la orilla y se adelanta como postmodernidad. La filosofía no es sólo razonar con fríos y abstractos conceptos, que es lo que tuvo preeminencia, sino fundamentalmente, como se entendió en su origen, amor a la sabiduría, al saber más hondo, y éste se alcanza más por medio del símbolo, la metáfora, o la expresión artística, como vio Schelling, que implica a todo el hombre, con su voluntad, sentidos, sentimientos e intuición, que con la parcial mirada de la sola razón. Con una mirada actual al panorama de los filósofos españoles se diría que la sabiduría que anhela el filósofo no puede encerrarse en moldes académicos y necesitara volar, como si el gusano del pensamiento buscara una metamorfosis para alzarse y al aletear con nuevas alas mirar el horizonte desde arriba, eso sí, como mariposa.